

Noticia de los amigos

*Pensar a tajo abierto en los amigos
que, llamándose de cualquier forma,
son siempre informantes
del ensalmo de estar vivo,
que son los únicos
servicios públicos amorosos,
las guerras necesarias.*

*Enigmas descalzos.
Copias del sol, con esqueletos bellos,
presumidos.
Ríos impuros: conozco el son de sus sedimentos.
Ángeles portuarios: a todos nos basta un
tambor.
Ahora que buscan otra ciudad, otra vida
para qué la esquina y sus escándalos*

*Zoe, limite indio al mal mío:
cierra las ventanas, cierra el sol:
roto por las ausencias,
el poeta se ha puesto a arengar las paredes.*

Noticias de los amigos

Convocados por la revista **Noventaynueve**, amigos y familiares del poeta Jorge García, enviaron mensajes para conmemorar el segundo aniversario de su muerte. Los mensajes fueron leídos la noche del 25 de diciembre en una tertulia realizada en la Galería Libro Café. Estos son algunos de ellos:

“Un motivador que nos retó a dar lo mejor”

MARGARITA ZOROCK

Cuando Aarón Espinosa ganó el muy merecido premio de periodismo por su excelente reportaje sobre la transformación del Centro Histórico, y John Jairo Junieles fue seleccionado como uno de los jóvenes escritores que promete mucho, mi dije dentro de mí: “los allegados a Jorge empiezan a brillar con luz propia”. Antes, la Revista Noventa y nueve afianzó su lugar en el ámbito cultural de Cartagena, cuestionando con tenacidad sus políticas excluyentes. Porque si algo aprendimos de Jorge es que tenemos que abrirnos a las manifestaciones del pueblo para encontrar la magia en lo cotidiano. Hoy, en el segundo aniversario de su ausencia física, me siento aun más unida y solidaria con lo que Jorge fue para nosotros: un motivador que nos retó a dar lo mejor. Si no hubiera sido por su solidaridad y apoyo, tal vez no me hubiera metido en la clase de lectura que por fin me ha seducido y convencido de que la alimentación del espíritu es igual o más importante que la del cuerpo. Estoy lejos, sustentando mi investigación sobre la obra narrativa del escritor que se consideró hijo de Cartagena: Eligio García. Si encuentran mérito en mi trabajo es porque fue alentado tanto por la generosidad como por el rigor de Jorge. Por eso y muchas cosas más, le doy las gracias.

“Cómo envidio a los ángeles por tenerte tan cerca”

EVA DURÁN

Nieto de Damasco, Emir de las Delicias, Dulce Califa de la más pura poesía. ¿Cómo explicar con justicia lo que eres, lo que eras, lo que dejaste? Parecías demasiado, eras demasiado: Demasiado humano, demasiado trabajador, demasiado buena persona, buen esposo, buen amigo, demasiado generoso, demasiado aplicado, demasiado inteligente, demasiado estudioso, demasiado leal, honesto, vertical y coherente. Embebido en esa decencia y dignidad tan extraña, tan escasa, tan necesaria. Cuando los que no te conocieron escuchen de tí, de tus obras, de tu vida (que ya es leyenda) pensarán que lo que pasa es que ningún muerto es malo y que estamos exagerando. Pero lo que soy yo, jamás olvidaré tu ejemplo, tu genialidad, tu sentido del humor, tu bacanería, tu mirada picara de turco malicioso y travieso. Nos quedaste debiendo media vida, 45 años no son nada cuando se ama, cuando se vive a fondo. Siempre presto a ayudar, a aconsejar, a dar hasta los huesos en tu empeño por conseguir tus objetivos y por hacer de este un mundo mejor para todos nosotros. Tras tu partida a la patria espiritual me visitaste en sueños y me dijiste que un ángel te dijo cuando pasaste al otro lado “Maestro, usted es fuerte y puede con esto, venga conmigo”. Soy espiritista desde siempre, por eso tengo la plena certeza de la eternidad del alma. Por eso me gozo en saber que estás esta Navidad en compañía de tu amada madre, la hermosa Nevija Usta, y que esta noche harás la cena navideña con el gran Rojas Herazo, tus tertulias con él deben ser épicas. Cómo envidio a los ángeles por tenerte tan cerca.

Jorge García Usta

EFRAIM MEDINA REYES

Todos saben que era un tipo obstinado, con un particular sentido del humor y una increíble capacidad de trabajo. Rómulo nos presentó en los viejos tiempos de En Tono Menor y fue Jorge quien publicó mis primeros textos. Como me gustaba la sazón de su madre, una señora humilde, estupenda y generosa, me presentaba al atardecer en su casa de la calle Don Sancho y ella sin preguntar ponía otro plato en la mesa. No puedo decir que fuimos amigos, para mí la amistad entraña compartir la vida interior y con Jorge siempre hablé de literatura, cine o música. Un par de veces creo que hablamos de mujeres porque lo tenía asustado una periodista cachacha que le había puesto el ojo y él temía que eso le trajera problemas con Rocío. Como la periodista le gustaba optó por evitar encontrársela. El único favor que le hice fue ir a un bar y decirle a la periodista que él estaba enfermo y no podía llegar a la cita. Después cada cual siguió su vida y destino pero cuando iba a Cartagena me lo encontraba en alguna esquina e intercambiamos algunas frases. Su muerte me sigue doliendo porque era un ser humano íntegro y valioso. Más que sus textos y poemas, más que su voluntad de hierro y sus convicciones, es su presencia misma la que hará cada vez más falta en nuestra Ciudad Inmóvil. Él, con el sólo hecho de existir, dotaba aquellas calles y muros de cierta dignidad y esperanza. Uno sabía que la ciudad estaba jodida pero al menos teníamos a Jorge García Usta. Aún quienes no lo soportaban le tenían respeto. Él era nuestro detergente más eficaz contra las manchas de la mediocridad y el abandono y, carajo Jorge, no creo que la muerte pueda impedirte seguir combatiéndolas.

Los tatuajes no sólo fueron hechos para la piel

JORGE CONSUEGRA

Los tatuajes no sólo fueron hechos para la piel, sino para el alma y uno ellos fue nuestro inolvidable Jorge García Usta a quien llevamos pegado en el corazón por su afecto, su apoyo, su solidaridad, su cariño, por su incomparable empeño por sacar adelante la cultura, promoverla, difundirla.

El "Viejo George" siempre estará con nosotros. Lástima que por estos días esté gozándose la rumba con Rafael Humberto Moreno Durán, Germán Espinosa y Arturo Alape, quienes acaban de recibir a otro inolvidable: Ignacio Ramírez.

Tocayo: levanto mi copa de vino y brindo por ti, por tu sonrisa, por tu ternura, por tu amistad, por tu recuerdo.

“No me dañe la venta, Blanco, no me dañe la venta”

ALBERTO SALCEDO RAMOS

“La primera edición de 'Diez juglares en su patio', el libro que publicamos Jorge y yo en 1991, fue auspiciada por la Lotería de Bolívar. Era un librito gris, entrañable pero contrahecho, que se deshojaba con solo mirarlo. Cada ejemplar costaba tres mil pesos. A Jorge le dieron unos libros y a mí, otros. Jorge vendía los suyos con una eficacia tremenda. A veces íbamos caminando juntos por el centro de Cartagena, y cuando alguien nos abordaba para preguntarnos por el libro, Jorge lo sacaba del maletín y, sin el mínimo temblor en la voz, le advertía al interlocutor: 'vale tres mil pesos'. Yo, que nunca he servido para esas cosas, miraba aquello con una especie de terror. Y, claro, la consecuencia es que mientras los libros de Jorge se vendían, los míos se regalaban bastante bien. Él me reprochaba con su típico paternalismo bonachón, pero con argumentos duros: me preguntaba si acaso a mí me regalaban la comida de los hijos míos, y hasta me recordaba que mi sueldo era pésimo y, por tanto, debería aprender a cobrar por mi trabajo.

Un día pasó una situación que todavía hoy me parece divertida: me encontré en el Parque Bolívar con una profesora extranjera bastante conocida en la ciudad, y como ella me preguntó por el libro de los juglares, saqué un ejemplar y se lo fui regalando sin el menor rodeo.

Casualmente, dos cuadras más adelante me topé con Jorge y le conté que acaba de encontrarme con Fulana de Tal, a quien le regalé un ejemplar de 'Diez juglares en su patio'. Jorge me miró con desconcierto, antes de darme aquella respuesta que jamás olvidaré: -- Caramba, maestro, yo tengo ahora una cita con ella, porque me llamó para que le vendiera el libro, ¡y viene usted y se lo regala! Está bien que regale sus libros, pero no me dañe la venta, Blanco, no me dañe la venta”.

Un poeta con el mundo auestas

GUSTAVO TATIS GUERRA

A Alejandro, Esteban, Rocío, con el alma en alto

El poeta e investigador Jorge García Usta (Ciénaga de Oro, 1960-Cartagena, 2005), vivió como un río torrencial de diversas vertientes, un singular y complejo destino de creador, pensador y gestor. Su breve existencia señala una revolución más allá del Caribe colombiano, una manera integral de ver, sentir y descifrar la cultura.

García Usta, el poeta, nos reveló su cosmogonía en seis libros de poesía: Noticias desde otra orilla (1985), El reino errante (poemas de la migración y el mundo árabes) (1991), Libro de las crónicas (1989), Monteadentro (1992 y 1997), y La tribu interior, 1995. En diciembre de 2006 apareció de manera póstuma su sexto poemario Cantaleta del amoroso (70 páginas), en donde figuran poemas espléndidos e inolvidables como La mano del amoroso (certera paradoja la de sus versos: “La mano del amoroso brinda/su yegua sonora/ el alto tesoro de sus derrotas”). Ese poemario contiene además textos hermosos como Infinitos (Plaza de la Aduana, 1983),

Fundación del instante, Salvación del muchacho negro, Himno de la madre muerta, Si he sido otra vez (hay en este poema un tono de belleza premonitoria y desolada: “No olvides nunca/que tarde o temprano moriré/ y ya no estaré ni siquiera/fuera de tus ojos”). Ese poema antecede su poema que es a la vez una despedida y una manera de encarar la muerte: La charanga postmortem, que cierra el libro.

Se retrata en sus poemarios iniciales y en el de mayor complejidad y proceso de construcción, Monte dentro, su visión de su aldea natal, Ciénaga de Oro y del mundo cultural de la emigración árabe, de la influencia de los africanos y los europeos, y su percepción de los seres humanos, de su patio y de su madre, Nevija Usta y de su amor ancestral a Zoe. Allí están sus profundas querencias humanísticas del solar, la esquina, el barrio, la nación, y su mirada clarividente del amor, el ser y la muerte, su devoción por toda expresión legítima de su tierra y los seres anónimos.

García Usta, el cronista y reportero, reivindicó la grandeza de la tradición musical ignorada y subestimada, en ese magistral libro escrito a cuatro manos con Alberto Salcedo Ramos, Diez juglares en su patio, en cuyas páginas fluye el narrador, el observador de los instantes y los episodios de la existencia y la esplendidez de lo ancestral. En esa pasión visceral de reportero, él enseñó a reivindicar la historia secreta de las comunidades, los retratos de la Cartagena de la periferia, y a conocer de cerca el alma de la ciudad y el espíritu de su naturaleza amenazada como otros patrimonios, de una tradición de usurpaciones y contaminaciones.

García Usta, el investigador, se ramificó en tres núcleos básicos: la emigración área a la región Caribe, la tradición musical, los orígenes y evolución del periodismo y la literatura del Caribe. Fue el primero en la región en descifrar los orígenes e influencias humanas y culturales del joven periodista y escritor Gabriel García Márquez en lo que él mismo denominó (y desató iluminadas controversias) el período de Cartagena o el Grupo de Cartagena. Con la publicación de las memorias de García Márquez, Vivir para contarla, quedó claro que Cartagena no fue algo episódico en la formación del escritor y seres humanos como Clemente Manuel Zabala, Gustavo Ibarra Merlano y Héctor Rojas Herazo, para citar tres de ellos, fueron significativos en la afirmación de una vocación, en la valoración y descubrimiento de libros y autores.

Los hallazgos de más de veinte años de García Usta habían merecido un capítulo en las memorias de García Márquez. Y su consagración al estudio valorativo y total de la obra de Rojas Herazo, permitió la hazaña gigantesca de reunir la obra periodística del autor de Respirando el verano y En noviembre llega el arzobispo, en dos tomos de belleza perdurable: Vigilia de las lámparas y La magnitud de la ofrenda.

García Usta, el gestor cultural insuperable, ramificó al poeta, periodista e investigador, en la ejecución de proyectos cifrados en su poética, en su ensayística, en su narrativa: su deseo ardiente de abrazar en su totalidad las entrañas de la cultura popular, a través del fortalecimiento de las bibliotecas comunitarias, la revitalización de las Fiestas de la Independencia de Cartagena, de la cual él fue uno de sus artífices, su convicción de acercar, integrar y humanizar la academia, la gestión desde la Universidad de Cartagena y el Festival Internacional de Cine de Cartagena.

Su vocación: tender puentes. La realidad de sus poemas y sus crónicas se trasladó a su práctica como asesor cultural en el claustro universitario, en su empeño por popularizar el cine en las barriadas cartageneras a través del festival de cine, en el que era algo más que un Jefe de Prensa: un coordinador de encuentros y talleres, un gestor interdisciplinario del cine en la comunidad.

A García Usta se le deben también múltiples aventuras editoriales en la región: Aguaita, revista del Observatorio del Caribe Colombiano, que él contribuyó a crear; la revista Historia y Cultura, de la Facultad de Ciencias Humanas, de la Universidad de Cartagena y su impulso a las

nuevas generaciones en revistas como Noventa y nueve, entre otras. Fue el mejor editor cultural del Caribe.

El muchacho atareado que era García Usta, era feliz de saberse nieto de un artesano de Damasco, tenía un sentido del humor que le permitía reírse de todo y de él mismo, jugaba fútbol los domingos con sus amigos, se sentía orgulloso de tener 237 primos, y se emocionaba al escuchar el saxofón de Rufo Garrido y el clarinete de Clímaco Sarmiento.

Con la intensidad de un minero con su oro en el alma, sabía que por esos setecientos recuerdos diarios, valía la pena morir.

Un recuerdo de Jorge García Usta

JUAN GUTIÉRREZ MAGALLANES

Había llegado con el silencio que le quedaba de la noche anterior, donde había utilizado el pensamiento para anuncio de un mejor mañana, estaba allí, sentado escuchando aquella clase de Biología que sólo guarda relación con la explicación que él poseía para la evolución de la vida según la teoría de Oparín.

Jorge, ya en los inicios de su adolescencia guardaba bien conservado el respeto de sus compañeros que lo miraban como el anunciador de una gran noticia, a pesar de su aparente silencio. Él era el sobrino de maestros que trazaron seguros caminos a ilustres cartageneros, como la señorita Irmina Schorbothg. Jorge, en unas de sus fases haría de maestro para sus pretéritos docentes.

Ahora, estaba en aquella silla del Liceo de Bolívar, para la década del setenta, como estudiante de una clase que muchas veces se hacía tediosa, porque no llegaba sus expectativas, pero era uno de los requisitos previos que debía cumplir en el rol de la secundaria. Ya en él se mostraba la mansedumbre para revestirse de apacentador de héroes olvidados, porque después de dejar su impronta en el Liceo de Bolívar, portó libremente la bandera del pensamiento enmarcado en una amplitud de múltiples competencias, él tenía la vocación de ennoblecer a los humildes que hacían la cultura y eran olvidados por la historia oficial, era una desenterrador de juglares y cultores generales del folclor, proyectaba en talleres voces de maestros que hacían más alegres las tardes de los sábados, allí estábamos los que en tiempos pretéritos habíamos sido sus docentes, siempre magnánimo para dar una explicación y empequeñecer el cosmos para hacerlo más comprensible, hacía explicaciones de la poesía de Vallejo y las maravillas de Pablo Neruda para las cosas más humildes.

Jorge había acrecentado sus voces en su pluma para sembrar razones esclarecedoras de cosas olvidadas por una dirigencia oficial.

Tenía en su pensamiento un grito de golpe de Pechiche o tambor mayor, iba en su recorrido citando sin discriminar en pro de una cultura del hombre de su patio, y así como lo hacía con Hector Rojas Herazo, lo hacía con Estefanía Caicedo o con los hacían de la décima un canto para recuerdo de viejos ancestros.

En este 25 de diciembre se cumple un nuevo aniversario de la ausencia física de Jorge García Usta. Quedan sus lecciones de maestro comprometido con la cultura del hombre Caribe y ecuménico.

La memoria y el olvido en una esquina de Cartagena

MANUEL SANTIAGO BURGOS

Parece que en la lucha del escritor para vencer el silencio y el olvido, la selección de la palabra es un juego que compromete la precisión de la ciencia y la alquimia de la emoción. El tiempo, en este juego, es casi una obsesión: Marguerite Yourcenar, veía al tiempo como un gran escultor en cuya actividad el agua ejercía un gran poder: “en el umbral de la puerta negra corre el agua de olvidar; pero el agua de la memoria está en el corazón”

Roberto Burgos, en “La Ceiba de la Memoria” dice que la voz pone su lengua en los silencios. Es como si la palabra convertida en voz decidiera fluir por los senderos de la vida, que es la presencia misma para luego internarse en la penumbra de la muerte que es el olvido.

Jorge García Usta, quien se miró siempre en ese espejo puro de la amistad, que para él era presencia, le temía al olvido; por eso decidió en cada poema librar la batalla. Por ejemplo, “En estas líneas mi corazón te envió”, en ritmo de bolero confiesa que esta bien, pero que el tiempo se demora; se demora, entre otras cosas por que siente la ausencia de alguien que no sabe cuando volverá a ver. En otro poema, Festejos, el tiempo se convierte en un hacedor de ausencias: “Pensando en el tiempo que pinta los árboles de ausencia”

Pero Jorge, el amoroso de las esquinas, pintaba para los amigos un cuadro cotidiano con el agua de la memoria. Los amigos eran para él la noticia más celebrada. Así lo anunció en ese bello poema al que tituló “Noticias de los Amigos”:

Pensar a tajo abierto en los amigos
que, llamándose de cualquier forma,
son siempre informantes
del ensalmo de estar vivo,
que son los únicos
Servicios Públicos amorosos,
las guerras necesarias”

Como en esa escena memorable en la que Ofelia, repartía manojos de “no me olvides”, Jorge iba por la vida y por la poesía tratando de ser informante del “ensalmo de estar vivo” La vida y la muerte, la memoria, como portento y el olvido como despojo, se paseaban por sus crónicas poéticas con la indiscutible causa de salvar a los amigos.

Es sorprende que en esos extremos a los que puede llevar el oficio poético, del génesis al apocalipsis, de esa pretensión del poema de construir un universo, de redondear una historia y bordear el ámbito de la memoria, así como erosionar las riberas del olvido, haya podido un poeta tan rotundamente ligado a la tierra como lo estuvo Jorge, ratificar día a día su propio epitafio:

(Cuando hables de mi recuerda
que soy como muchacho atareado y
limpio
que muchas noches lloró
en tu sombra)

A los amigos que seguimos rotos por su ausencia, nos queda un último recurso: devolverle el requerimiento:

“Que tal el tiempo allá

Acá me llueve todo el día

Y no es que se me arrugue el alma

Pero casi”

Manuel Santiago Burgos.